



Capítulo 54

Lavalde Greystone era, sin duda, un personaje cuya mera existencia resultaba perjudicial.

Entre los muchos personajes con los que te podías encontrar mientras jugabas a «Psychedelia», él era uno de los sinvergüenzas más notorios jamás creados.

La masacre en el campamento mercenario del nivel 30.

El incidente de absorción del abismo de monstruos.

Los experimentos biológicos con quimeras.

Casi todas las historias secundarias maliciosas que tuvieron lugar en Lartania durante el juego sucedieron por su culpa.

En otras palabras, teniendo en cuenta el futuro de Lartania, sin duda era mejor para la ciudad que él no existiera en lugar de simplemente estar vivo.

Sin embargo, Lavalde Greystone seguía vivo porque era el hijo del señor de la ciudad laberinto.

La posición de ser el hijo del señor, dentro de la ciudad, significaba que ejercía un poder prácticamente ilimitado.

Esencialmente, le permitía reinar como un rey dentro de la ciudad.

En resumen, al matar a Lavalde, Rine había cometido, en efecto, un regicidio, lo que hizo que Alon, que no daba crédito, preguntara aturdido.

«Sí».

«¿Lo mataste?».

«¿Lavalde Greystone...?»

«Sí».

Rine respondió con tanta naturalidad como si estuviera hablando de lo que había desayunado, y Alon se sintió mareado por la respuesta.

«¿De verdad...?»

«Sí, padrino. ¿Hay algún problema?».

«... ¿Por qué lo mataste?».

«Bueno... ¿porque dijiste que era un inconveniente?»

«...?»

«...?»



Alon y Rine se miraron confundidos.

«Aun así, ¿no es un poco exagerado matarlo?».

«Pero si estuviera vivo, ¿no seguiría molestandote, padrino...?»

Hablando con Rine, Alon se dio cuenta de repente de un hecho importante.

«Ah, claro... ella es uno de los cinco grandes pecados».

Aunque lo había olvidado momentáneamente, debido a su imagen de hija que había crecido bien sin necesitar muchos cuidados, Alon recordó que Rine estaba destinada a convertirse en una de las semillas de los cinco grandes pecados en el futuro.

Sin darse cuenta, un sudor frío le recorrió la espalda.

«Pero antes de eso... ¿cómo demonios se las arregló para matarlo?».

El propio Lavalde Greystone no era tan fuerte.

Sin embargo, los mercenarios que lo seguían a todas partes no eran, por lo que Alon sabía, el tipo de personas a las que se podía derrotar fácilmente.

Eran mercenarios de al menos rango A.

Por eso a Alon le resultaba desconcertante que Rine, que no era un luchador, sino simplemente alguien que trabajaba como tasador, lograra lidiar con ellos.



Mientras Alon ponía cara de perplejidad, Rine habló con cautela.

«¿Ha habido algún problema?».

Quizás debido a sus repetidas preguntas, Rine parecía ahora preguntarse si había cometido un error sin darse cuenta, y su expresión se volvió ligeramente abatida.

«No es tanto un problema... más bien... ¿de verdad está bien?».

«¿Qué parte?».

«Sobre todo en lo que respecta a tu seguridad personal».

«Si se trata de eso, no tienes por qué preocuparte, padrino».

«¿Es eso cierto...?»

«Sí. Me aseguré de disfrazarme como otra persona».

Aunque su expresión seguía siendo neutra, Rine asintió con confianza.

Al observarla, Alon no pudo evitar recordar una frase que había visto en una antigua comunidad.

«Así que a esto se refieren cuando hablan de tener una mentalidad diferente...».



Aclarando la garganta, Alon volvió a hablar.

«De todos modos, gracias por tu preocupación. No te sientas tan mal por ello».

«No estoy triste, padrino».

«Sin embargo, hace un momento parecía un poco abatida...».

«De verdad que no lo estoy».

«¿Cómo puede cometer un regicidio con tanta facilidad y, sin embargo, avergonzarse por algo así?».

Alon miró a Rine con una mezcla de asombro y fascinación mientras seguía hablando.

«De todos modos, intenta no ponerte en peligro si puedes».

«... ¿Por qué, padrino?».

«Bueno, podrían surgir todo tipo de problemas.

En primer lugar, podrías correr peligro y todo el esfuerzo que has dedicado podría desmoronarse en un instante, ¿no?».

«...?»

«...?»

Rine puso una expresión de desconcierto ante las palabras de Alon, como si no entendiera lo que estaba diciendo.

Aunque no debería haber sido una afirmación difícil, ladeó ligeramente la cabeza, como si no acabara de entender lo que quería decir.

Después de pensar seriamente por un momento, de repente dijo: «Ah», como si se hubiera dado cuenta de algo, y asintió ligeramente con la cabeza.

«No se preocupe demasiado, padrino. Entiendo bien mis obligaciones», añadió antes de reanudar su comida.

Alon se quedó un poco atónito mientras la observaba.

Aunque estaban conversando, sentía como si algo no encajara del todo.

Sin embargo, continuar la conversación no parecía una buena opción, así que Alon cerró la boca.

Después de todo, independientemente de todo lo demás, ella se había enfrentado a Lavalde por su bien.

Un poco... no, en realidad demasiado excesivo, pero aun así, había actuado en su nombre, así que Alon decidió no insistir más en el tema.

«Pero por mucho que ella me considere su padrino, ¿era realmente necesario...?».



Mientras Alon comía distraídamente su salchicha, reflexionando sobre estos pensamientos, Rine habló de repente.

—Ah, quería enseñarte el Ojo del Rastreador, padrino. ¿Quieres venir conmigo?

«¿El Ojo del Rastreador?»

«Sí».

Alon asintió con la cabeza ante las palabras de Rine y, poco después, tras terminar de comer, la siguió a una habitación.

Allí, Alon lo vio: un ojo dorado flotando en la pequeña habitación.

Estaba rodeado por un halo de luz azul, y cualquiera que lo viera podía darse cuenta de inmediato de que no era un objeto común.

Mientras Alon lo miraba fijamente, le vinieron a la mente las palabras que Rine había dicho antes.

Ella había dicho que le mostraría el Ojo del Rastreador.

«¿Este es el Ojo del Rastreador...?»

Alon no pudo evitar quedarse estupefacto.



Originalmente, el Ojo del Rastreador que Alon le había dado a Rine era solo un artefacto: una esfera redonda con una pequeña joya en forma de ojo incrustada en ella.

Su efecto consistía simplemente en evaluar los artefactos de niveles inferiores con un poco más de detalle.

En otras palabras, no era un objeto especialmente notable.

Incluso en la descripción del artefacto en sí, no había ninguna descripción especial, al igual que la Esencia de la Tribu de la Melena Dorada.

Por lo tanto, Alon nunca había imaginado que el Ojo del Rastreador pudiera esconder tal secreto.

«Los grabados se están reuniendo sin problemas», dijo Rine.

Alon no tardó en deducir que ese Ojo del Rastreador podía mejorar ciertas reliquias grabándolas, pero no se molestó en confirmarlo.

Ya se había dado cuenta de por qué Rine le había mostrado tanto favor.

«¿Era por esto...?»

La razón por la que la empresa de Rine, Merde, había ganado fama generalizada era por su habilidad para crear grabados.



Resultó que su éxito se debía, en cierta medida, al Ojo del Rastreador, por lo que era natural que sintiera gratitud hacia Alon.

Por supuesto, Alon nunca había imaginado que el Ojo tuviera esa función.

Aun así, dado que Rine se sentía agradecida con él, habría sido incómodo que Alon siguiera sin darse cuenta de este hecho.

—Ya veo. Lo estás usando bien —dijo Alon, asintiendo con la cabeza como si siempre hubiera sabido la verdadera naturaleza del Ojo del Rastreador.

«Sí, aunque los grabados se han ralentizado un poco después del 400, siguen acumulándose. Creo que los tendré todos en unos años».

«Ya veo».

Alon sintió una creciente curiosidad por saber qué era exactamente lo que se estaba recopilando, pero no preguntó, por temor a despertar las sospechas de Rine.

Así que se limitó a asentir ligeramente con la cabeza y volvió a pasar un rato.

—Entonces vamos allí de inmediato, padrino —dijo Rine.

Alon, junto con Evan, siguió a Rine hasta el lugar de la reunión habitual.



Alon tenía dos razones para querer participar en la exterminación del Dios Exterior.

La primera era porque estaba claro que los mercenarios actuales por sí solos nunca podrían derrotar al Dios Exterior.

Por supuesto, los mercenarios reunidos de los cinco gremios principales para derrotar al Dios Exterior poseían una fuerza sobrehumana, como Baba Yaga o los Maestros Caballeros.

Sin embargo, Alon sabía que ni siquiera eso sería suficiente para derrotar al Dios Exterior.

La segunda razón era que, para exterminar al Dios Exterior, Alon necesitaba absolutamente la fuerza de poderosos mercenarios que siguieran sus órdenes. Por eso estaba decidido a unirse al Escuadrón de Exterminio del Dios Exterior.

Sin embargo, el problema era...

«Tch».

«¿Vas a traer a este tipo de aspecto débil?».

«Ja, parece alguien que solo se aprovecha de su reputación. ¿Estás aquí para acompañarlo y llevarte el mérito?».

Los mercenarios no parecían dispuestos a seguir las órdenes de Alon en absoluto.



En la sala de reuniones a la que Alon había entrado, cuatro hombres y mujeres lo miraban con expresiones de extremo descontento.

Maverick, el maestro del gremio Terranomad, chasqueó la lengua, con aire irritado, mientras jugueteaba con su espada.

Himan, el maestro del gremio Arcadia, se levantó el sombrero puntiagudo con una mueca de desprecio y habló con evidente desdén.

Myaon, una mujer bestia y maestra del gremio de los Antiguos Rastreadores, hizo girar una daga sobre la mesa frente a ella, soltando una risa burlona con sus ojos felinos y rasgados.

Y entre ellos, el más fuerte de los líderes de los gremios mercenarios, Argonia, el maestro del gremio Kalimadra y un semidragón con un antepasado dragón que había desaparecido hacia mucho tiempo, se limitó a mirarlo en silencio.

Naturalmente, su mirada tampoco era particularmente acogedora.

«Esperaba cierta hostilidad, pero esto es peor de lo que pensaba».

En cuanto entró en la sala de reuniones, Alon evaluó rápidamente la situación y notó la hostilidad manifiesta y las miradas burlonas de los líderes del gremio.

En cierto modo, ya se esperaba este escenario.



Las personas presentes eran lo suficientemente poderosas como para evaluar las habilidades mágicas de Alon y, lo que es más importante, todas eran mercenarias.

Mercenarios, que anteponían la fuerza a todo lo demás.

Alon sabía que si quería conversar con ellos, y mucho menos ganarse su respeto, primero tenía que evitar que lo rechazaran y ganarse su reconocimiento.

«Noble señor, he oído rumores de que ha estado metiendo las narices donde no le incumbe. Pero al verlo en persona, no parece alguien con quien valga la pena hablar. ¿Por qué no se marcha?».

«Ja...».

Sin dudarlo, Alon levantó su mano izquierda, que estaba cubierta por su guantelete, y formó un sello.

En ese momento...

¡Crackle!

Sin previo aviso, la sala de juntas, antes normal y corriente, se llenó de hielo.

Myaon, que estaba a punto de levantarse sorprendida por el repentino acontecimiento, fue tomada por sorpresa.

«Concentración».



Tan pronto como Alon habló, la atmósfera circundante y la energía mágica se concentraron alrededor de Myaon.

«Quieta».

A su siguiente orden, el aire y la magia que se habían acumulado alrededor de Myaon reaccionaron al instante, formando escarcha. Esta se multiplicó rápidamente y...

¡Crackle!

—la envolvió en hielo.

Myaon, desconcertada y sin saber cómo la habían atacado, quedó congelada dentro del hielo.

No había ninguna razón en particular para congelarla.

Según la información que Alon tenía, Myaon era la más débil en términos de poder de combate entre los mercenarios presentes, incapaz de alcanzar el nivel de un superhumano.

Por eso no pudo reaccionar ante el ataque repentino y terminó paralizada.

Tras echar un breve vistazo a Myaon, inmovilizada, Alon pasó con calma junto a los mercenarios que habían irrumpido en la habitación, dándose cuenta de que algo iba mal.



Paso a paso.

Sin ir demasiado rápido, pero tampoco demasiado lento, avanzó a un ritmo constante, como si nada hubiera pasado.

Pronto se sentó en una silla frente a Argonia y...

«Creo que ahora estamos en un nivel en el que podemos hablar».

—cruzó las piernas.

«¿Qué opinas?».

Un pesado silencio se apoderó de la sala de reuniones.